



NÚM. 30. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 27 DE JULIO DE 1862.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO, Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VI.

REVISTA DE LA SEMANA.



cho dias hizo ayer que el público de Madrid gozó del espectáculo de ver correr el agua de la fuente *monumental* de la Puerta del Sol. En el momento en que por la calle Mayor asomaba la cabeza la régia comitiva que con gran solemnidad se dirigía al templo de Atocha, los surtidores de la fuente comenzaron

á despedir abundantes chorros de agua cristalina, elevándola á considerable altura, donde penetrada por los rayos del sol poniente tomaba los reflejos del arco iris, y caía despues formando blanca espuma sobre el vasto pilon del susodicho monumento.

Lo monumental de esta fuente nos recuerda la grande obra del canal del Manzanares, hoy cegado gracias á Dios, y con motivo del cual se puso en su tiempo aquella inscripcion que decia:

Navegacion y arbolado
Son obras dignas del gran Fernando.

En cuanto á la navegacion, la que hacian las barcas cargadas de yeso demuestran los adelantos de aquella época, y respecto del arbolado, en esta semana misma hemos reconocido prácticamente la falta que hacia al vernos obligados á esperar junto al puente del canal, en el camino de hierro que le atraviesa, al tren á donde debiamos trasbordarnos por no poder pasar el puente el tren que nos llevaba á consecuencia de una avería acaecida á una máquina de otro tren anterior. Eran las once menos diez minutos de la mañana y aguardamos la llegada de los nuevos carruajes hasta las once y diez: total veinte minutos que pasamos sentados á la sombra de nosotros mismos, meditando, entre el canto de las

cigarras y el zumbido de los tábanos y mosquitos, sobre la magnificencia del astro del dia que se dejaba sentir y comprender en toda su fuerza y en todo su esplendor. Con estas reflexiones se mezclaban algunas otras sobre modas, inclinándose por entonces nuestro ánimo á las de aquellos felices habitantes de ciertas regiones ecuatoriales, cuyo traje y adorno consisten solamente en un gran sombrero de anchas alas, usando en lo demás la misma forma de vestidura que sacaron nuestros padres del paraíso.

La averia de que hemos hablado es la que vamos á referir tomando las cosas, como suele decirse, *ab ovo gemino*. Al publicarse el embarazo de que la reina acaba de salir tan felizmente como saben nuestros lectores, se tomaron las disposiciones necesarias, segun la costumbre en estas circunstancias, para traer al palacio de Madrid diversas reliquias de santos y objetos de culto, muy recomendados y eficaces para tales casos. Entre estos objetos vino una devota imagen que en el convento de religiosas de San Pascual de Aranjuez, está en gran veneracion bajo el título de Nuestra Señora del Olvido. Verificado el parto de S. M. se mandaron devolver las reliquias, imágenes y demás, con el decoro correspondiente, á los puntos de su procedencia, y el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, recibió el encargo de llevar á Aranjuez la imagen de la Virgen del Olvido. Acompañaron á su eminencia el domingo último en esta comision varios sacerdotes y capellanes de palacio y de su casa, y se pusieron á su disposicion en la estacion de Madrid y en la de Aranjuez un tren especial descendente para la ida y otro tren especial ascendente para la vuelta. Nada aconteció de notable á la ida, la devota imagen con los eclesiásticos que la custodiaban llegaron sin novedad el Real Sitio, pasaron á San Pascual en los coches que tenian preparados; la imagen fue colocada de nuevo en el lugar de costumbre, y la comitiva despues de despedirse de la comunidad salió al anochecer de Aranjuez en el tren especial destinado al efecto. Este tren iba á gran velocidad, tanto mayor, cuanto que llevaba poco peso; y ya se veian las luces de Madrid, ya la máquina habia atravesado el puente sobre el Manzanares, cuando al entrar en el otro puente construido sobre el antiguo canal, descarriló, cayó de costado y quedó atravesado sobre el puente mismo. El susto de su eminencia y de sus familiares fue grande; pero afortunadamente no hubo que deplorar desgracia personal ninguna; media hora despues un nuevo tren especial

procedente de Madrid iba á recoger á los respetables descarrilados y los conducia sanos y salvos al puerto de salvacion de la estacion central.

La empresa envió inmediatamente al sitio de la ocurrencia operarios, capataces, jefes y al entendido ingeniero señor Ortega; pero el asunto de sacar la máquina de la posicion en que se encuentra casi tendida sobre un costado, introducidas las ruedas entre las traviesas y llenando todo el puente, no es empresa de poco tiempo. Para el pronto restablecimiento de la comunicacion ha habido que establecer una via provisional, y hasta tanto los trasbordos de una á otra orilla del obstáculo han sido necesarios.

Estos inventos de la civilizacion tienen la contra de que el dia menos pensado vienen á convertir en un sacro colegio á sencillos eclesiásticos que de ningun modo pensaban tomar la púrpura cardenalicia de un modo tan desagradable. Hay que reconocer sin embargo que el ferro-carril del Mediterráneo se distingue entre todos los de Europa por el corto número de accidentes desgraciados que en él ha habido. ¡Ojalá pueda decirse otro tanto de los demás, cuando lleven tantos años de explotacion! La prensa habla mucho y muy mal del ferro-carril del Norte en alguna de sus secciones y sentiríamos que sus temores y augurios de catástrofes se confirmasen.

El 21 por la tarde salió la corte para San Ildefonso, donde en este tiempo se disfruta de una temperatura deliciosa. La acompaña el ministro de Gracia y Justicia; y los demás irán y vendrán cuando lo consideren necesario. Los altos funcionarios salen ó han salido tambien á tomar baños; los generales reciben licencias y los empleados civiles tambien, todos para atender al cuidado de su salud quebrantada por las fatigas, trabajos y sinsabores del servicio público. ¡Oh el servicio público es atroz! Gasta las naturalezas, consume las fuerzas, debilita las constituciones y cambia las idiosincrasias sobre todo en los altos funcionarios. No se puede en este pais tener un destino de 40,000 reales arriba sin verse precisado cada verano á impetrar una licencia para atender en baños de mar ó en viajes por el Norte al restablecimiento de la salud. ¡Es mucha pension la que trae consigo un destino de 40,000 reales!

El periódico oficial ha publicado estos dias un programa para la presentacion de proyectos de la exposicion hispano-americana. Se llama á los arquitectos nacionales y extranjeros á un certámen; y la Academia de Bellas artes de San Fernando dará su opinion

sobre el plano de los edificios que merezca la aprobación de la junta. Estos edificios habrán de fabricarse en el terreno elegido fuera de la puerta de Alcalá que comprende dos millones de pies superficiales: y luego que se presenten los proyectos y la Academia los examine y dé su dictamen, y la junta de la exposición lo apruebe y se presente el arquitecto escogido y se reúnan los materiales y se hagan los edificios, se anunciará el día en que se ha de verificar la famosa exposición. Esto es lo que se llama proceder con orden y método, no precipitar las cosas, y dar tiempo al tiempo. Por de pronto no hay que decir que no se ha adelantado bastante. En cinco años nada más que hace que se acordó celebrar la exposición peninsular americana, se ha buscado y escogido el terreno: busca y elección que requerían el mayor pulso y detenimiento. Calculando ahora que se tarden otros cinco años en elegir el plano más conveniente para las obras y otros tantos para concluir las, tendremos por resultado que no se pasarán más de diez años sin que nos hallemos en disposición de señalar la época en que los esponentes españoles, portugueses y americanos han de venir á presentar sus productos. Para entonces ya se habrá arreglado lo de Méjico, los Estados-Unidos se hallarán en paz; Francia habrá hecho una nueva evolución; Inglaterra habrá celebrado otra exposición universal, se habrá empezado á construir aquí el túnel del Guadarrama, se habrá aplicado el freno Castellví á la detención de los trenes, é irá muy adelantada la suscripción para el icteino Monturíol.

Es verdad que se dirá que en diez años los ingleses han hecho entre otras cosas dos inmensos palacios y celebrado en ellos dos exposiciones universales y que en menos tiempo hubieran aplicado á cada tren otros tantos frenos Castellví y hubieran cubierto el mar de icteinos. Pero los ingleses son otro pueblo; y diversos pueblos suponen diversas costumbres. Aquella gente vive de prisa: nosotros miramos las cosas de un modo más tranquilo y filosófico: procedemos solemne y magistrosamente con toda la dignidad que cumple á una nación grave y sesuda, con toda la circunspección de la madurez, con toda la cordura de la edad proyecta. El territorio inglés es de suyo frío y la gente necesita bullir, estudiar y agitarse para entrar en calor. Por el contrario nuestro territorio es cálido y convida al reposo, á las posiciones y á las ignorancias supinas, á la inmovilidad y á la contemplación estáticas. No hay, pues, que juzgar lo que aquí debiera suceder por lo que sucede ó sucedería en Inglaterra.

Sin embargo, aunque de un modo lento vamos progresando. La falta de brazos que este año se ha hecho sentir más que nunca para las faenas agrícolas del verano, ha hecho pensar en las máquinas á muchos labradores. Entre los más decididos y entusiastas innovadores en esta materia y entre los que se hallan en posición y en voluntad de hacer mayores servicios á la agricultura española se cuenta el señor don Antonio de Collantes dueño de una gran posesión á tres leguas de Madrid en la vega del Jarama. El señor Collantes se ha gastado un capital muy respetable en traer á su posesión máquinas de todas clases y diversas fábricas para ensayarlas, comprobar sus efectos, estudiar su aplicación y las modificaciones que el clima, el terreno, las condiciones agrícolas y demás circunstancias de nuestro país requieren en ellas. No creemos que haya en España establecimiento agrícola que tenga un surtido de máquinas y aparatos modernos tan completos como el del señor Collantes; pero los que más nos han llamado la atención por haberlas visto funcionar admirablemente son: una segadora de cereales; otra segadora de yerba y una magnífica trilladora movida por el vapor.

La primera que ya se ensayó el año pasado en la misma posesión del señor Collantes, siega perfectamente y va dejando á la derecha tendida la mies en haces de manera que solo deja el trabajo de atarlos. Tiene sin embargo alguna complicación en sus partes, grande anchura en su totalidad y demasiado peso, inconvenientes que el señor Collantes trata de remover y que una vez removidos harán de esta máquina un aparato indispensable en toda casa de labor bien conducida. La segadora de yerba es perfecta, sencilla, manejable y nada deja que desear. La trilladora es admirable: no solo trilla sino que limpia, clasifica y mete el grano en los costales, pudiéndose recoger según el ensayo que vimos practicar el otro día, más de cien fanegas limpias y encostadas en un trabajo de diez horas útiles. Es una especie de gran prisma tendido sobre un eje y dentro del cual están las cribas, cuchillas y mazas de la trilla y limpia: por una de sus bases anterior y posterior despiden la paja menuda; por otra la paja larga; por su costado derecho y mediante cuatro portezuelas á cada una de las cuales se adapta un costal, echa el grano ya limpio y clasificado, y por el lado superior se introduce la mies, acumulada al costado izquierdo; desde donde dos mozos la van alcanzando con la orquilla á los que desde arriba la introducen. La máquina cuyo trabajo hemos presenciado, necesita ocho caballos de fuerza; pero puede hacerse de fuerza menor y para motor de sangre. No hay que decir la grande economía que resulta del uso de estas máquinas, porque está al alcance de todos.

¿Tomarán carta de naturaleza entre nosotros? La

perseverancia de los grandes cultivadores como el señor Collantes, la experiencia de sus buenos resultados y el estímulo de la necesidad contribuirán sin duda á ello. Los elementos de trabajo no se disminuirán por eso y habrá mayor baratura en los productos agrícolas.

La política exterior ha permanecido, puede decirse, estacionaria en la semana, Garibaldi está en Palermo preparando una expedición, no se sabe adonde. En Méjico según unos partes los franceses se resisten gloriosamente en Orizaba; según otros se encuentran en tan difícil posición que se espera de un momento á otro que capitulen. En este número verán nuestros lectores el retrato del general Degollado; é irán viendo sucesivamente los de algunas otras personas que se han distinguido en aquel país.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA MARINA ESPAÑOLA.

Al Sr. D. Carlos Navarro,

EL AUTOR.

Cuando las armas españolas, atravesando el estrecho brazo de mar que dejan entre sí las antiguas columnas de Hércules, pasaron al Africa á vengar desmanes de la morisca chusma que puebla la región septentrional de aquel continente, y se vió la necesidad de buques que teníamos para verificar el trasporte de las tropas; y cuando más tarde operó la escuadra contra los puertos del imperio de Marruecos; una voz sola, un grito unánime sonó en todos los ámbitos de la península, pidiendo buques y marina á toda costa, y con cualquier género de sacrificios que fuesen necesarios. El opulento capitalista y el rico comerciante estaban dispuestos á destinar parte de sus pingües ganancias al fomento de la armada; los hombres de ciencia y de gobierno se apresuraban á presentar y proponer sus planes y sus ideas para conseguir el mismo fin; el monarca en el régio alcázar; el legislador en las cámaras; el militar en su cuartel; el sacerdote en los átrios del templo; el abogado en su bufete; el médico junto al enfermo; el artesano, en fin, en su taller; todos manifestaban el mismo entusiasmo por la idea de nuestro engrandecimiento naval; y en todas las imaginaciones, en estas imaginaciones fantásticas y creadoras, cual son las nuestras, por la parte árabe que conservan, y por el clima meridional de nuestro suelo; en todas las imaginaciones veíanse ya realizados sueños de santo patriotismo, delirios preciosos de orgullo nacional. ¡Qué bello espectáculo el que presenta una nación, cuando se levanta, como un solo hombre, á proclamar y defender una idea, ya sea la idea de la moralidad, que arrolla, con todo el empuje que le da la conciencia de su bondad, hombres y gobiernos; ya la idea de la independencia nacional, que llevando el entusiasmo hasta el pecho de la mujer, destinado á mas tiernos sentimientos, y hasta el pecho del anciano, que solo siente ya el placer ó el remordimiento de sentimientos pasados, hace de cada habitante de un país un instrumento que con toda su fuerza se opone, y resiste hasta vencer el poder extraño; ya sea, por último, una idea tan justa y tan necesaria, cual la de mostrar al mundo la fuerza de que puede disponer la nación en la inmensa llanura de los mares!

Es evidente y natural que en cada uno de esos puntos de donde procedían esas voces, que unánimes pedían el renacimiento de nuestro poder marítimo, debía existir innato un deseo de ver llegado ese momento; y puede comprenderse, por lo tanto, que España toda sentía el mismo deseo de satisfacer esa justa y patriótica curiosidad. Había trascurrido ya mas de un año desde que aquel deseo y aquella esperanza se habían despertado en el corazón de los españoles, y aun no se había podido apreciar de una manera general y notoria, cual era el verdadero estado de nuestra marina de guerra.

Al tener, pues, lugar una reunión numerosa de buques de nuestra armada, entre los que se contaban los principales de ella, en un puerto cercano á la corte y á varias capitales importantes, no es de extrañar que para satisfacer aquella curiosidad, es decir, para conocer y apreciar el estado de nuestro poder naval, acudiese un número prodigioso de curiosos, quienes en aquel momento se convertían cada uno en juez que residenciaba á los que tenían en sus manos las riendas del estado, y les pedían cuenta de lo que habían hecho en favor de aquella noble aspiración que unánimemente se había manifestado. Creemos que esta es la verdadera significación que debe darse á la reunión de buques, que tuvo lugar en Alicante, y que en las aguas de este puerto verificaron ejercicios y simulacros de combate con precisión y destreza.

Aun se conservan en nuestra memoria los recuerdos del agradable día que disfrutamos en aquel puerto; todavía están presentes en nuestra mente la destreza y

habilidad que en el maniobrar demostró el sufrido marinero, y en la puntería el inteligente artillero; aun parecían envueltos los buques en blanca nube de humo, aturdiendo el espacio con el tronar de sus bocas de fuego; á nuestra imaginación se aparecen, cuando oímos hablar de la armada, las bellas fragatas recientemente construidas, que ayudadas por el hélice marchaban y giraban, y surcaban el agua, como cisnes que caminan por tranquilo estanque (1); aun se nos figura sentir el aire abrasador que nos indicaba que habíamos avanzado en dirección de la ardiente Libia, que el Simoun favorece con su presencia; aun parecían estar apreciando una vez la proverbial finura y acabado tipo de caballerosidad de los marinos españoles, y estar gozando en la mesa, abordo de la fragata *Cármén*, de su animada y obsequiosa conversación; aun tenemos, en fin, presentes, indelebles, en nuestra imaginación, aquellos rostros que hubieran deseado Murillo ó Rafael para sus imágenes, y Praxiteles para las *Vénus* que su artística inteligencia sacaba perfectas del mármol. Pero ni estos recuerdos, ni el recuerdo de las hiperbólicas frases que en alabanza de aquella escuadra prodigaban muchos, son suficientes para variar la impresión que la vista de aquellos buques produjo en nosotros.

Al tender la vista por la mansa bahía de Alicante, que se encuentra rodeada de altos montes, uno de los cuales se intentó hacer volar en tiempos de la guerra de sucesión, lo cual no pudo conseguirse sino en parte, veíamos destacarse entre los buques allí presentes, un navío de vela (2) y con dolor nos preguntábamos ¿qué nación mantiene hoy sobre las aguas un buque de igual clase? ¿Qué nación no ha aplicado ya á todos los navíos de velas, con que contaba, el pequeño propulsor que escondido junto al timón, empuja al buque con tranquila velocidad? ¿Si hoy los navíos de hélice son un atraso en las marinas de las primeras naciones, ¿cuál no será nuestro ridículo al presentar en primera línea en una gran fiesta naval un navío de vela? Grande es nuestro orgullo nacional, nadie podrá escudarnos en ese sentimiento natural que todo hombre experimenta hacia su patria; pero no llega en nosotros ese sentimiento hasta el punto, absurdo, de que turbe nuestra razón; y cual una de tantas pasiones, como siempre tienden á brotar del corazón humano, nos haga ver todo por su prisma: miramos, sí, por el prisma del patriotismo, pero verificándolo con concentración de nuestro espíritu vemos descompuesto ese sentimiento en todos sus elementos, á la manera que el rayo de luz que pasa al través del prisma en la cámara oscura se nos presenta descompuestos en sus siete colores primitivos. Por eso, cuando veíamos izado en el navío *Isabel II* el pabellón marroquí, que era la bandera que en el simulacro llevaba la escuadra que se suponía enemiga de la española, se nos figuraba que en realidad aquel buque no podía pertenecer sino á un pueblo, como el que tiene su dominio en la parte del Africa que confina con nuestra Europa, un pueblo bárbaro por su religión y por sus costumbres: el navío de vela era allí, en efecto, tan absurdo como el fatalismo del mulsuman.

En parte destruía esta impresión la vista de las cinco bellas fragatas de hélice que formaban también parte de la escuadra, las cuales nada dejan ciertamente que desear ni en su construcción, ni en su armamento, ni en su andar. Aquellos buques eran testimonio de que el país había mirado por su marina, y decimos *había mirado* porque si sigue prestando su atención á ramo tan importante del poder público, será necesario que á dichas fragatas sustituya otras de distinta clase ó quizás buques enteramente distintos. Ya pasaron los días de los buques de madera; ya estos, sean navíos tan potentes como los de Francia ó Inglaterra, sean fragatas tan bellas como las nuestras de hélice, están reservados á hacer junto á los buques de coraza el mismo papel que hicieron y hacen los de vela junto á los de hélice.

Un día pensó Napoleón III que los buques podrían quizás revestirse de un casco de hierro, de una *coraza* que sin alterar en nada la libertad de sus movimientos, los hiciera impenetrables á las balas y bombas de plaza fuerte que sitiaban, ó de escuadra enemiga que combatieran, y llevando á realización su pensamiento salió inespugnable, armada de punta en blanco, cual nueva Minerva, de la cabeza del Júpiter de los franceses, la primera fragata del nuevo género blindado, á la que dieron el nombre de *Gloire* (3), ese nombre que á los franceses enloquece; en pos del cual los soldados de Napoleón, atravesaron en todos sentidos la Europa, desnudos, con hambre, y á punto de rendirse á tanta fatiga y tanto cansancio; ese nombre que les hace soportable el hombre del 2 de diciembre, porqué en cambio de las libertades que les ha arrancado, les ha dado un Sebastopol, un Magenta, un Solferino; les ha dado en una palabra mucha *Gloire*.

Salió á las aguas la nueva fragata, dejó completamente satisfechas las esperanzas que de ella se habían concebido, y al punto ordenó el descendiente del niño

(1) Una de las mejores de estas hermosas fragatas, la *Resolución*, que antes de salir á la mar se llamó *Patrocino*, la verán nuestros lectores exactamente reproducida de fotografía en este número.

(2) El que copiado también de fotografía reproducimos en nuestro número anterior.

(3) *Gloire*, en español es *Gloria*, diremos con Eguilaz.

de Ajaccio que un número crecido de buques de igual clase se construyan sin dar tregua al trabajo en los arsenales franceses. Inglaterra, la orgullosa Inglaterra, que sin noticias anteriores ve surcar las aguas á un buque contra el que nada podrian las cien bocas de fuego de cada uno de los navíos de sus numerosas escuadras; que creía ver ya arrebatado de entre sus maderos el cetro de los mares, el tridente que cree sin duda haber heredado de Neptuno; Inglaterra se sobrecogió, y aun puede decirse que no se le ha pasado el sobresalto. Principió en seguida á tratar, no ya de imitar la nueva clase de buques, y trazó los planos de otra fragata de coraza, los cuales se diferenciaban algo de los de la *Gloire*, habiendo sido asunto de muchas controversias científicas, la diferencia entre unos y otros; dando unos la preferencia á los de la *Gloire*, y otros á los del *Warrior* (Guerrero) que era el nombre del nuevo buque inglés de coraza. La *Gloire* y el *Warrior* han sido los dos primeros buques blindados que han salido de las gradas de las dos primeras naciones marítimas del mundo.

A igual de ellos, ó con introduccion de nuevas ventajas, construyeron ambas naciones buques de la misma clase, y á imitacion de ellas tambien las demás naciones principiaron á construir buques blindados. Pero habíamos entrado en la hora de las revoluciones marítimas, y á la manera que en las políticas un acontecimiento se sucede á otro y se llega á un punto en que generalmente no sueñan los que las inician, así tambien sucedió que cuando se creyó que descansadamente podian entregarse todas las naciones á la construccion de grandes buques de coraza, un nuevo accidente viene á introducir una perturbacion general en la marina en su aplicacion á la guerra. Hallábase trabada esa lucha cruel y fratricida en que está consumiendo sus fuerzas esa gran nacion que poderosa se habia levantado en el continente americano setentrional; y en uno de sus muchos combates, en uno naval, en que se presentaba orgullosa una fragata blindada de los confederados, la *Merrimac*, por ser la primera en su clase que á la vista del mundo todo iba á entrar en combate, aparece de pronto en la escuadra federal, cual despreciable reptil, un buque estafalario, feo y negro, que marchaba y giraba y se acercaba á la inespugnable *Merrimac*, y se dejaba abordar, y que concluyó por dar, con un espolón que llevaba en la proa, nuevo ariete romano, una embestida que dejó fuera de combate á la *Cumberland*: el reptil, despreciable en un principio, se habia convertido en escorpión venenoso.

¿De dónde habia salido este buque? ¿Quién lo habia construido? ¿Cómo una invencion de tales resultados habia permanecido tan oculta? Los planos y la descripcion de este buque habian sido antes presentados al almirantazgo inglés, pero preocupado este en aquellos momentos con los planos y detalles de los buques grandes de coraza no habia aceptado la proposicion del capitán Coles, á quien se debía la invencion, que era fruto de los madurados estudios hechos sobre ideas, que le habia sugerido la guerra con Rusia.

Ya desde entonces los gobiernos inglés y francés han hecho alto en su sistema de construcciones, especialmente el primero, que ha decidido que todos los navíos que tiene hoy día se conviertan en buques de cúpula, que es el nombre que tienen los que se construyen por el sistema Coles; es decir, que esos elegantes y soberbios navíos con sus cascós negros, en que se destacaban las blancas fajas, á que asomaban sus bocas los pesados cañones; con aquellas blancas velas, que al empuje del viento se hinchaban, y cuando les soplaban de costado flameaban ligeramente; todas aquellas banderas, y aquellas pinturas, y aquellos barnices, van ya á desaparecer, para ser reemplazados por pequeños, pero formidables cañones, negros como el hierro que por todas partes los cubre, sin palos, ni velas, ni banderas, sino respirando por todas partes guerra y destruccion.

¿Será esta la última faz, que á lo menos por ahora tome la marina de guerra? Muy difícil seria asegurarlo, y á mayor abundamiento distinguiéndose en lontananza un pensamiento que adquiere cuerpo, una idea que empieza á realizarse; y que empieza á realizarse en España. ¿Quién osaría negar resueltamente que aplicado con todo el buen éxito que se ha visto en los ensayos, y mejorado en toda su perfeccion, el *Ictineo* de Monturiol no llegase á sustituir á la marina que marcha por encima del agua? Entonces la gloria de España seria muy grande. Por este motivo es de obligacion nacional que la comision que ha tomado bajo su proteccion el invento del buque sub-marino, redoble sus esfuerzos para que puedan tocarse en gran escala los resultados prácticos que ya ha dado á conocer. Y lo aconsejamos con tanta mas razon, cuanto que en los Estados-Unidos, se está construyendo bajo la direccion y proteccion de aquel gobierno un buque sub-marino que, si llega á dar buenos resultados en sus ensayos, oscurecerá para siempre el *Ictineo* de nuestro sabio y perseverante Monturiol, teniendo presente el carácter de la raza anglo-sajona.

La marina actual de España no corresponde á lo que debe ser. Tenemos la suerte, no sabemos si buena ó mala, aunque creemos que mas bien sea buena, de empujar á reconstruirla en estos dias de gran crisis. En la actualidad se construyen buen número de fragatas de

coraza: si los buques de cúpula se siguen experimentando, y se ve en ellos buen resultado, España debe tambien construir buques-cúpulas. En una palabra, España, que es por su naturaleza, y por la herencia que aun conservamos de Colon, y las demás posesiones en las otras partes del mundo, una de las primeras naciones marítimas, no debe quedarse atrás en ese gran movimiento que se observa en las naciones civilizadas, sin olvidar nunca que en la marcha de los adelantos morales y materiales de las naciones: *Detenerse es morir*.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

LOS SITIOS REALES.

LA GRANJA.

I.

El reinado de Felipe V se vió lleno de grandiosos sucesos, pues si bien no siempre obtuvieron sus armas la victoria, cuando llegó á poseer pacíficamente el trono pensó en cambiar el estado científico y artístico de España, que arrastraba miserable existencia con la decadencia de la monarquía austriaca, fatigas sin cuento le habia costado la corona, porque tuvo que combatir al frente de sus ejércitos para entrar por completo en el goce de la herencia de Carlos II, pero animoso y magnánimo en el campo de batalla, elemento para con todos, amante en la paz del engrandecimiento de la nacion que la suerte ponía en sus manos, quiso levantar la España de la abyeccion en que yacía, y terminada la famosa guerra de Sucesion, que, como es sabido, duró catorce años, puso todo su ahinco en la prosperidad del país, fomentando las artes, abriendo caminos, levantando palacios y útiles establecimientos, mejorando el ejército y la armada, en una palabra, elevando la nacion al rango y cultura que le correspondian. Por otra parte, al genio emprendedor é inteligente de Felipe, uníase una aversion naturalísima á las cosas de la dominacion austriaca, cuyos sectarios habia tenido que combatir y vencer para disfrutar de la corona, y hé aquí cómo no es extraño que si bien halló en Madrid un alcázar para la real residencia, aprovechase la ocasion de un incendio para destruirle y elevar en su lugar otro enteramente nuevo, y se explica por qué poseyendo el Real Patrimonio un sitio de verano y de recreo como Aranjuez y otro de meditacion y retiro como el Escorial, ambos cercanos de la corte, quiso sin embargo tener otro cerca de Madrid, pero de inspiracion propia y hecho conforme sus deseos, que no debiese nada á sus antecesores en el trono, ni recordase para nada las cosas ni los hombres de los reinados anteriores. Y así como fundaba la Real Academia Española, la de la Historia, la de Medicina, la Biblioteca Real, varios colegios y otros establecimientos de instruccion, construyéndose en su tiempo el teatro de los Caños del Peral, el del Príncipe, la Real Fábrica de Tapices, el Pósito, y otros edificios de utilidad pública, quiso fundar un real sitio que no solo sirviese de mansion á su familia en la estacion del estío, sino que fuese la admiracion de los extranjeros y nacionales por la suntuosidad y belleza de sus jardines.

Recordaba Felipe V los jardines de Versalles, y reinado verdaderamente el suyo de renacimiento para España, creía deber emular con la Francia misma, de donde él procedía, y con las demás naciones de Europa, que demostrasen grandeza y munificencia. Al recorrer la falda occidental de los montes carpetanos, cordillera del Guadarrama, á dos leguas de Segovia y doce de Madrid, quedó prendado de un terreno montañoso, abundantísimo en aguas puras y cristalinas, vertientes y manantiales, que en forma de anfiteatro y cubierto de pinares, robledales, jaras y matorrales de todos géneros, brindaba para establecer un magnífico sitio de recreo. Con este fin mandó venir los primeros artistas de la época y amontonando brazos y caudales, logró ver muy pronto trasformado el terreno agreste y escarpado en amenísima y frondosa residencia. En 1724 ya no pudo consagrarse la real colegiata, y contiguo á ella se construyó el palacio, cuya fachada principal se halla en frente de los jardines. Al propio tiempo que se edificaban estos monumentos, se construian las caballerizas ó casa llamada de la Reina y el Cuartel de Guardias de Corps, las casas de intendencia y veheduría, la de oficios y la sacristía y campanario de la mencionada colegiata. La poblacion mejoraba progresivamente, ya por la permanencia que hizo en ella la reina fundadora, viuda y su hijo el infante don Luis, ya, como dice un historiógrafo de la Granja, por la aficion con que la frecuentó el rey Carlos III, que inalterablemente pasaba en ella los meses de julio, agosto y setiembre, y ya tambien por los muchos viajes y jornadas que han hecho allí los reyes Carlos IV y Fernando VII. Con este motivo y el de la concurrencia que siempre ocasiona la permanencia de la corte, fueron haciéndose muchas calles con buenas casas, se adornaron los paseos exteriores, se construyeron puentes en todas las circunferencias del pueblo, se establecieron fábricas de diferentes objetos que aumentaron considerablemente su riqueza y suntuosidad. Entre ellas,

como dice el mismo escritor, se fundó en tiempo del rey Carlos III, la real fábrica de lienzos llamada Calandria: se creó y perfeccionó otra de acero y limas, que por desgracia ya no existe, y se empezó á construir fuera de las tapias del pueblo el suntuoso edificio de los hornos de cristal, todo de fábrica sólida y sin madera alguna. En este último se fabrican cristales planos y labrados, vasería y arañas de todo género y de todas dimensiones, con sus oficinas de grabado, pintado y dorado, habiéndose construido en ella los mayores y acaso los mas bellos espejos que se han hecho en Europa. Un hospital, extramuros del pueblo, ofrece aseo y caridad á los pobres dolientes, y el clima, aunque frio y sombrío en invierno, es saludable y delicioso sobremanera en primavera y verano. Allí, sobre un suelo fecundo en pastos y arbolados, y útil para todo género de caza mayor y menor, bañado de rios y arroyos abundosos de buenas truchas, dispuso Felipe V la construccion de los preciosos jardines, cuya descripcion será asunto de un próximo artículo.

(Se continuará.)

OBSERVACIONES

A LAS CARTAS TRASCENDENTALES

DE DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

CARTA PRIMERA.

Mi apreciado amigo. Acaba de llegar á mis manos un precioso libro titulado *Cartas Trascendentales*.

Contra ciertas ideas adquiridas en mi vida pasada, de retiro y de meditacion, me ocurrió leer un libro español de literatura del día. Esta infraccion de mi propósito antiguo, la verificó solo el nombre de usted muy respetable, aunque no tanto como merece su alto y útil talento.

Por obligacion de escritor, por mujer y por amiga de usted, me he creído en el deber de esponer mis creencias, no con arrogancia, sino con fe. Pero las abjuraré, si mi razon dispuesta á buscar la luz, halla una tea que ilumine mas la verdad filosófica que busco, mas luminosa que un entendimiento aislado, y en emancipacion con las creencias hasta hoy admitidas, respecto á la vida moral de la mujer.

Tiene usted razon. La mujer de antaño asociada al hombre que fraile ó seglar nacia y moría en un pueblo, seguía sumisa su destino, viviendo y muriendo en una ó dos casas segun era casada, monja ó soltera perpetua. Aquella aprendía á coser, á gobernar la casa ó á bordar escapularios, y esta sin mas instruccion que nuestras abuelas, viaja, lee periódicos y novelas, y es menos íntima del hombre individual, aunque mas íntima del hombre colectivo.

Sabe mas hoy que ayer; pero sabe peor lo que sabe. O mas bien, abarca mas generalidades. En una palabra, nuestras abuelas no sabian cuanto ignoraban, y nosotros adivinamos ya cuanto no sabemos.

La mujer de ayer obraba al compás del hábito, y con la esperiencia que le habia precedido. La de hoy comienza una nueva senda. Cuando la concluya, se preguntará con lágrimas ¿por qué la he recorrido? Y su amor propio le responderá «no me he equivocado, no habia otra que recorrer.»

¿Y será ella la responsable, si no acierta con el mejor camino?

El hombre la educa cuando niña, supuesto que ha educado en el matrimonio á la madre, que es su modelo. La educa en el amor cuando es jóven: en la vida conyugal, y hasta cuando es madre, supuesto que entre el hijo ilustrado y la madre ignorante, debe ejercer coaccion y predominio el que posee mas recursos.

Aquellas mujeres, mas íntimas del hombre y con menos preeminencias sociales, obraban por una pauta. El confesor, el padre y el marido, eran un trino poder; pero unitario, que dirigía la compasada accion de su vida.

La mujer de hoy no tiene pauta, carece de sistema. Participa moralmente de la revolucion social. No es esclava como en Turquía, ni sirvienta como fue en Rusia, ni libres como en los pueblos del Cáucaso, ni obediente como las señoras feudales, ni emancipadas como pretenden los ingleses. Es una mezcla de libertad y sumision. De derecho pertenece al hombre; de hecho la sociedad aljoja los lazos civiles.

Y es que la sociedad se reconstituye, y la mujer mitad de ella, sufre el vaiven de la otra mitad. El hombre toca ya ese período social que Vico llama período humano. En este período no manda por sus maravillas el sacerdocio, ni como en los tiempos feudales mandan los magnates ni los reyes despóticos. En este período no hay sabios encerrados en los gabinetes de alquimia, ni en las celdas cenobíticas. Los libros, la sabiduría que se alcanza, pertenece á los pueblos, y la sociedad se crea sus leyes civiles y domésticas, sus hábitos, sus doctrinas. La sociedad se divide los bienes en iguales porciones. No hablo de las aberraciones socialistas, ni me refiero al vértigo sansimoniano. Es la época humana de Vico, en que la sociedad no recibe cogulla ni in-

vestidura de un poder superior. Ella se viste, se engalana, se enseña, se crea.

Los reyes se gobiernan por poderes populares, llámenle estos reyes, emperadores ó presidentes de repúblicas.

Esta era comienza en el mundo civilizado. Locura sería creer perfecciones en un niño que se educa. Locura también querer hallar perfecciones en una sociedad adolescente. Los que caminan delante de las tur-

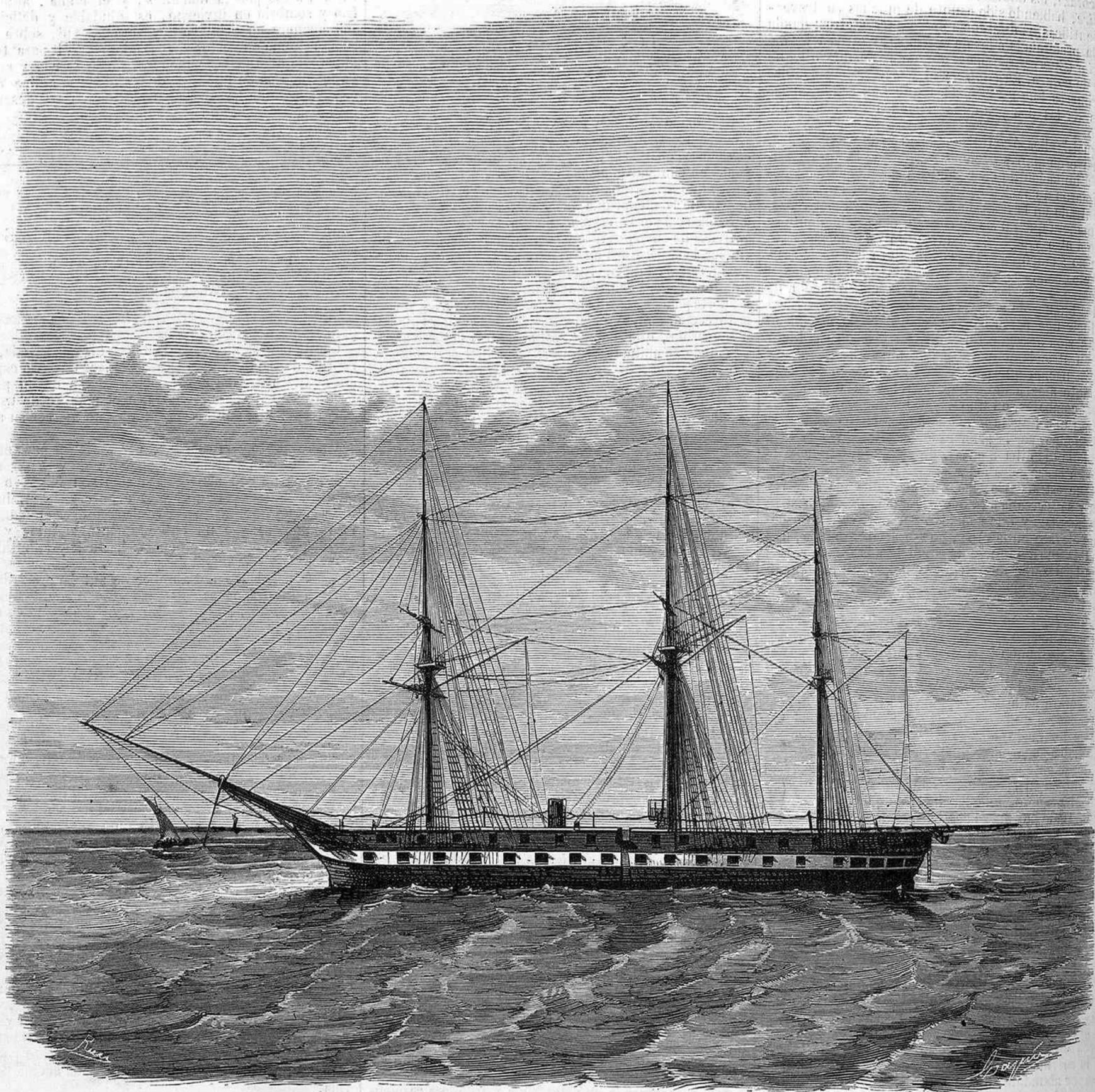
bas, inician las cuestiones, y señalan una ley que hace falta á las nuevas necesidades que surgen de la nueva manera de ser. Usted, explorador del campo que hemos de recorrer, señala un mal de la nueva sociedad, un escollo. Pretende que le salvemos. ¿Cómo? Hé aquí mi duda á pesar de sus ilustradas advertencias.

La mujer de hoy es la inseparable compañera del hombre social. Este es un paso hartó civilizador. Pedro el Grande llamó á las mujeres de Rusia que yacían

retraídas en el hogar, á todas las fiestas públicas. Por aquí el gran autócrata comenzó la regeneración de aquel pueblo colosal.

La mujer de España también se ha llamado á todos los círculos sociales; pero su presencia es material todavía, y es necesario que sea moral. La mujer de hoy posee libertad y preeminencias. Es decir, goza justicia y halagos; pero no goza estimación.

— Sí, amigo mío. No estimamos lo que creemos inferior



LA FRAGATA DE HELICE «RESOLUCION».

á nosotros. El hombre culpa á la naturaleza de la inferioridad de la mujer, y esta en vez de culpar aquella sabiduría tan previsora que la formó, debe culpar al hombre, si acaso los errores de la razón pueden llamarse culpa.

Empecemos, ilustradísimo amigo, el estudio de nuestra nueva sociedad.

Los pueblos emancipados de la severidad clerical, propenden á la depravación de las costumbres en el sentido del abuso. Esto produce desnivel en la estadística, y véanse cantidades mas elevadas en los guarismos que señalan la numeración del sexo femenino.

Las emigraciones, y la mayor pérdida de vida en los hombres, á mas de las mujeres inutilizadas por feos, producen un sobrante de ellas, muy digno en verdad de consideración, y que reclama un remedio.

Con mucho talento ha designado usted á las mujeres de la clase media, como víctimas de esta calamidad,

porque la baja tiene el asidero de su trabajo, y la alta el amparo de su fortuna.

Usted con toda maestría ha trazado el cuadro de estas mujeres desamparadas, y mas todavía el de su único y miserable medio de acorrer á sus necesidades por el recurso de la aguja.

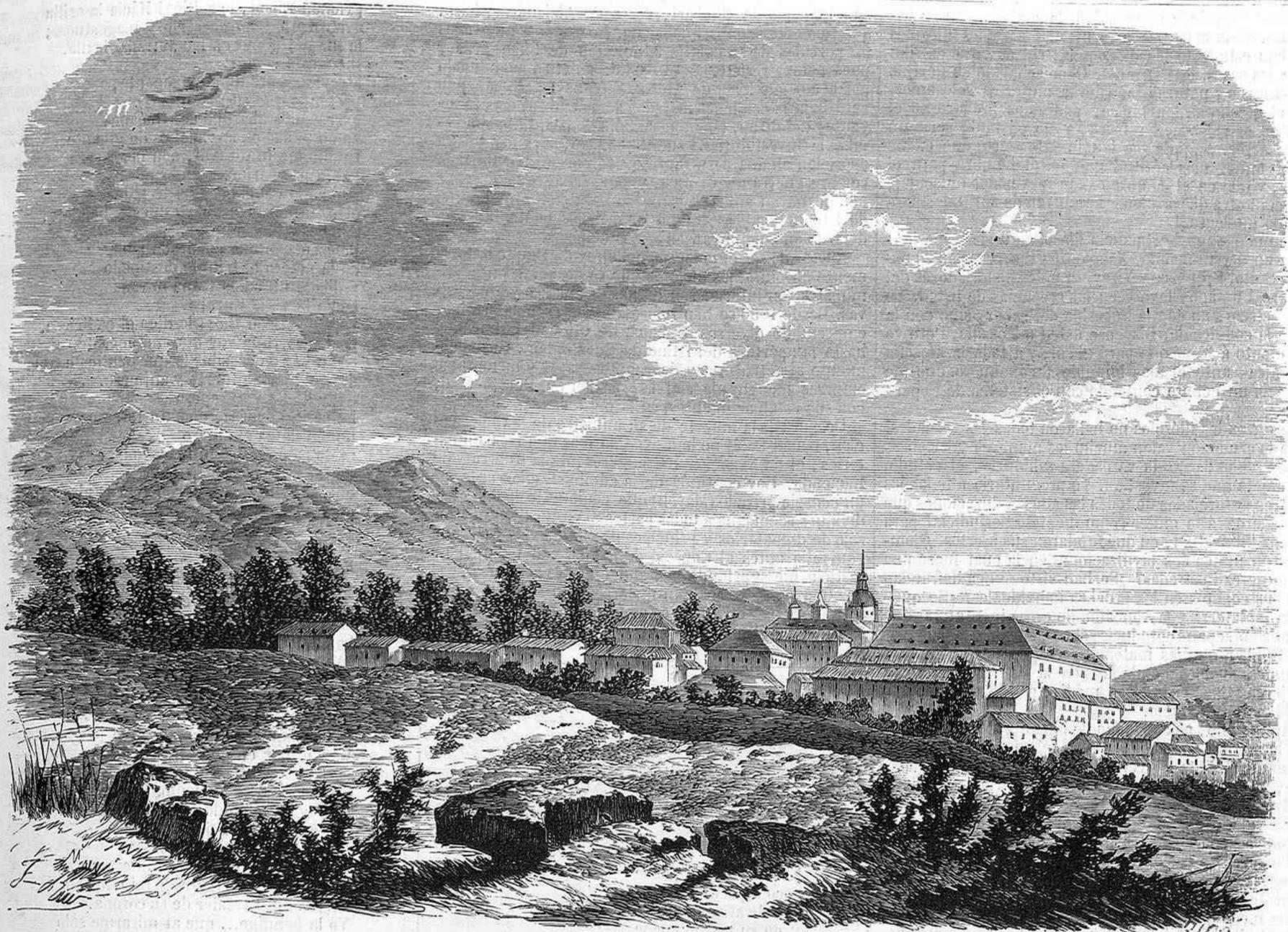
Dice usted bien. La fabricación en España no basta aun para ofrecer salvación á la mujer sobrante. Es escasa, y no habiéndose creado necesidades fabriles, no ha creado organización, y sin ella no hay lugar ni salvación para la mujer de la clase media. Primero, porque carece de fuerza física para un trabajo fuerte; segundo, y es el mayor inconveniente, porque carece de resignación para descender de su modesto rango. Esto no creo que es una *soberbia española*, sino una necesidad humana.

En las ciudades fabriles, en los grandes centros industriales, se pone coto al desden que se experimenta

hacia los trabajos manufactureros, porque en el sistema de distribución del trabajo, se crean categorías que satisfacen las aspiraciones ambiciosas de las capacidades mas elevadas.

Aquí desaparece lo que usted llama soberbia. Y no es porque sea mas perfecta la moralidad que combate ese gran pecado, sino porque está halagada esa soberbia, esa culpa necesaria al espíritu de progreso, esa aspiración á ser, que solo se debilita en los espíritus imbeciles y degradados. No es mi propósito desenvolver esta idea, y dejo su dilatado campo para que usted mas fecundo que yo en pensamientos filosóficos, y en tareas de observación, le recorra con mas felicidad.

El propósito de esta carta es mostrarle á usted mis creencias respecto á la emancipación de la mujer por medio del trabajo, y si es ó no idónea para recibir la alta ilustración del hombre, y si es conveniente al mejoramiento de la sociedad.



VISTA DE LA GRANJA DESDE LA CASA DE VACAS.

Para cumplir este objeto, consideremos primero á la mujer en la escala zoológica, y hallaremos en ella respecto al hombre, las diferencias que existen entre el macho y la hembra de todos los vivientes, que es una modificación del ser para cumplir cada sexo con las funciones de la reproducción.

Yo no sé lo que podrá ser el sol respecto á la luna con que usted ingeniosamente compara al hombre y la mujer. Pero sé que tanto los estudios del zoólogo como el del espiritualista, han hallado menos diferencias todavía entre los sexos humanos, que las que aparecen á la simple vista del que ve sin examinar.

Si mi opinion humilde pudiese pesar en la balanza de las opiniones fisiológicas, diria que no son dos seres distintos, sino dos mitades creadas para cumplir un solo fin.

La mujer verifica todas las funciones orgánicas de la misma manera que el hombre. Sus aparatos digestivo y respiratorio, sus nervios, sus sentidos, todos los medios de existencia, de sensibilidad y de percepción, existen en ella como en el hombre. Su masa cerebral, centro de vida orgánica, de sensibilidad y de vida inmaterial, no se distingue de la del hombre, sino en que es menos voluminosa. Despues diré á este respecto.

En la niñez permanece débil la razon en ambos sexos. En la vejez se debilita. La mayor sensibilidad y la mayor fuerza de nuestro entendimiento, se posee en la época en que se hallan mas poderosamente desarrolladas las facultades generativas. La mujer posee en mas alto grado estas fa-

cultades, supuesto que sus funciones en este sentido, necesitan una actividad orgánica mucho mas desarrollada que el hombre. Su vida, para verificar la mas alta funcion de la naturaleza, es mas poderosa, mas enérgica, sino mas perfecta que en el hombre. La energía de esta vida en el punto cardinal de la existencia humana necesita, no resortes duros, sino sensibles, aptos para la elaboracion interna y esterna. Mas idóneos para la vida orgánica, y para la vida de relacion mas activos; y para serlo, necesitan ser mas sensibles.

No debo demostrar por harto sabido, que las percepciones son la expresion de la sensibilidad; que lo que se percibe por la sensibilidad son sensaciones, y que las sensaciones producen ideas. Cuanta mas sea la vida de sensibilidad, mas medios poseemos de adquirirlas.

La mujer es un ser mas sensible que el hombre, dado caso que no sea la mitad de la existencia hombre. Si es mas sensible, posee mas medios de adquirir ideas.

Si la sensibilidad produce la idea, si la idea es la espiritualidad, y si esta es la perfeccion humana, la mujer posee mas perfeccion, se eleva por su naturaleza en la escala zoológica por encima del hombre, supuesto que posee las dotes de la espiritualidad.

El cerebro de la mujer, centro de actividad, laboratorio intelectual, pesa dos onzas menos que en el hombre. ¿Será por esto mas débil este gran foco de espiritualidad? Sus brazos no son como en el hombre musculosos, y carece de fuerza física. Posee unos órganos poderosos para desempe-



SAID-BAJÁ, VIREY DE EGIPTO.

ñar las tareas de la maternidad, la cual absorbe su juventud. Todo esto dice para usted y para los filósofos que han estudiado las diferencias físicas, que existen entre los sexos, que la mujer tiene señalado su destino por la misma naturaleza. Que la mujer es solo amor. Por el mismo orden lógico, podremos probar que el hombre es solo fuerza física, y no obstante sería un grave error. Aunque sea igualmente cierto que existe en la mujer mas aptitud que en el hombre para el amor, y que en el hombre existe mas poder muscular, ni una ni otra disposicion les excluyen de aptitudes para la vida intelectual.

Yo me opongo á esta añeja filosofía que las esperiencias van derrumbando. Xenofonte y Ciceron, San Agustín y Sesto, Empírico y Virey, grandes historiadores del género humano, favorecen las creencias de usted. Yo las rechazo, no con la soberbia del saber, sino con la fe de la convicción. Dispense usted mi osadía. Pero yo desmiento á Josué que paró el sol, y á toda la filosofía hebraica, ante el mas humilde almanaquero que me anuncia un eclipse contando con el sistema de Copérnico.

Los grandes filósofos no hallaron todas las verdades. Para la erudicion valen mucho los nombres y las obras de los sabios; para la verdadera sabiduría, el estudio del objeto que se investiga. Yo preguntaria á todas las ilustres autoridades de todas las altas civilizaciones que desdeñaron á la mujer como inepta ó perjudicial para la vida intelectual, en qué fundaron sus asertos. ¿Compararon nunca dos civilizaciones en la cual fuese una de mujeres ilustradas? ¿Se han visto nunca defraudados los conatos en las pruebas individuales? ¿Se queja la Inglaterra y la Alemania de crear institutoras que lo mismo sepan reproducir sobre las teclas la armonías de Honber que las matemáticas de Newton? En esos grandes pueblos donde manda la ciencia, se crean mujeres sabias en la clase media, para preceptoras de la joven aristocracia.

Amigo mio, no es la falta de bigote y de musculatura, la prueba de que la mujer debe permanecer en la ignorancia. Esta diferencia que la distingue del hombre, no establece prueba contra su aptitud intelectual. Volvamos á examinarla.

La vida intelectual goza su energía en la época de la potencia generadora. Cuando el hombre carece de esta potencia, sus pasiones son débiles, sus percepciones groseras, su razon, en fin, es nula. Los eunucos son fieles testimonios de esta verdad.

De modo que la aptitud para el amor, que es la que redobla la sensibilidad, por consecuencia las emociones, y de aquí las ideas, robustece la razon.

La mujer comienza esta vida de emociones activas antes que el hombre: y aunque antes concluya la época de la reproduccion, como la naturaleza aun la destina á tareas y cuidados en el orden del amor, su foco de sensibilidades amorosas, jamás se inutiliza. Y tal es así, que en los ejemplares de longevidad de la mujer, la vemos reproducir cierta débil disposicion para la vida del amor. Las decrepitas vuelven á pensar en los amantes. La vida orgánica se renueva aunque débilmente, y la vida de relacion en solo ese punto, que reanima el instinto.

Esto prueba que la aptitud para el amor desfallece en la mujer, pero no acaba, y que su vida en este sentido, es mas prolongada que la del hombre.

Si en el período del amor la razon es mas robusta, la de la mujer debe tener una época mas prolongada.

Los sentidos, por los cuales percibimos las ideas, no solo son iguales á los del hombre, sino que son mas perfectos. Su sensibilidad nerviosa la da un tacto exquisito, y el tacto es un sentido que cubre de sensibilidades externas é internas nuestro ser. Luego la mujer posee los medios de adquirir ideas aun con mas facilidad que el hombre. No importa que sea algo mas pequeño el volúmen cerebral, supuesto que las demostraciones han probado, que la perfeccion de su desarrollo está en relacion con el volúmen del cuerpo, ó mas bien diria yo, con el desarrollo de los demás órganos. Es así que la mujer es mas pequeña que el hombre, luego su desarrollo cerebral ofrece tanta armonía como el del hombre.

(Se continuará.)

DOLOLES GOMEZ DE CÁDIZ.

SAID-BAJA.

VIREY DE EGIPTO.

Said-Bajá, virey de Egipto, es el cuarto hijo de Mehemet-Alí, llamado por los egipcios el *gran bajá*, nació en 1822 de madre circasiana que no teniendo otros hijos pudo consagrarse á su educacion por completo. No solo Said-bajá obtuvo efectivamente una brillante educacion turca, sino que fue colocado bajo la direccion de profesores franceses, y sobre todo de Kenig-bey, posteriormente secretario de su ministerio. Pero á pesar de su inteligencia y sagacidad, su temperamento vigoroso le hizo preferir las ocupaciones activas, siendo la marina el ramo á que le dedicó su padre hasta que ocupó el trono por muerte de su sobrino Abbas-bajá, ocurrida en 1854. Habia llegado á ser gran almirante de la escuadra, y residió en este concepto

en el palacio de Gabbari, cerca de Alejandria, hasta que tomó posesion del gobierno. No obstante, no todos los partidos de su país le admitieron de buen grado, pues oponia resistencia el partido fanático acudillado por el antiguo kiaiá de Abbas, Elfy-bey; pero ganando Said-Bajá la confianza de todos los miembros mas influyentes del divan, cuando acudió á Constantinopla á recibir la investidura de su alto empleo, no encontró ya oposicion alguna á su regreso. Entonces tuvo lugar la célebre guerra de Crimea, y Said-Bajá, que deseaba manifestar su amistad con el sultan, envió un cuerpo de 10,000 hombres, que á las órdenes de Menikli-bajá dejaron en buen lugar las armas egipcias.

A pesar de ser el gobierno del virey de Egipto enteramente absoluto, las mejoras que se observan en la administracion interior son dignas de aplauso y progresivas. Desde 1856 se han reformado las escuelas se han emprendido diversos trabajos de utilidad pública, y hasta la apertura del Istmo de Suez deberá reconocimiento al actual virey de Egipto, vasta y memorable empresa inaugurada con la creacion del Puerto-Said, con sus establecimientos, su faro y todas sus obras.

Despues de la muerte de su ministro de la Gobernacion, Ismail-Bajá, no han existido mas que tres ministerios, el de Negocios Estrangeros, de la Guerra y de Hacienda. Hoy continúa de la administracion anterior un consejo privado (Mayeh) que compuesto de siete individuos acompaña á todas partes al virey. El gran consejo de dignatarios y príncipes de familia vice-real, que equivalia antes al Consejo de Estado y al tribunal de justicia fue suprimido. Todo demuestra, en fin, que si por una parte se aceptan mejoras de progreso y de civilizacion, por otro lado se concentra la organizacion y la administracion pública.

SALIDA DE COLON

DEL PUERTO DE PALOS.

Così lunga stagion per modi indegni
Europa disperzò l'inclita speme,
schernendo il vulgo, è seco i Regi insieme
nudo nocchier promettitor di regni.

CHIABRERA.

El manto de la noche
poco á poco se rasga giganteo
al indicarse el astro refulgente
y en su velado coche,
cual gladiador que su derrota siente
huye en silencio y con afan Morfeo.

...
¡Mundo, despide tu pesado sueño
de visiones fatídicas fecundo
y ven á ver risueño
como una reina con cristiano empeño
vendé sus joyas y consigue un mundo!
Búrlate indiferente

y ten al sabio navegante en poco:
no te deslumbre el genio de su frente
y al verle caminar llámale loco...
¡Despiértate otra vez! En pobre puesto
pretende distinguir tres carabelas,
que ansiosas de emprender su rumbo incierto
con ánimo y valor izan sus velas.

El líquido elemento,
absorto al contemplar tal heroismo,
de su arenoso asiento
va cerrando un abismo y otro abismo,
y se resiste á la presion del viento
y entre la niebla oscura
se distingue de España la bandera,
que se mece segura:

un éxito feliz al mundo augura
y ser plantada en otro mundo espera.
Todo es calma y silencio... de repente
cual en globo de fuego
se iluminan las cumbres del Oriente.
¡Vánse elevando luego
del sol los resplandores,
que al mundo prestan bienestar y vida
y reciben la tierna bienvenida
que les dirigen pájaros y flores!

Ya huyó la noche triste
del crimen infernal encubridora:
su gala el prado viste,
mientras á deshacerse se resiste
la capa aljofarada de la aurora.
La bella Andalucía
ufana y orgullosa
con su belleza al orbe desafia,
tal vez por ser la tierra mas hermosa
que con mágica luz alumbró el día.
Todos los habitantes
de aquel puerto tan misero y pequeño,
dejan tranquilo sueño
el placer retratado en los semblantes
porque comprenden que su nombre acaso
lucirá del Oriente hasta el Ocaso.

¡Tienen razon, por Dios! Hacia la orilla
avanza un hombre sério y magestuoso;
la luz del genio en sus miradas brilla.
Incógnito celoso,
atrevido y profundo navegante,
pretende que su mano
los escollos abarque del Océano,
como pensó en sus sueños de gigante.
Un monge junto á él, con faz severa
y á la par cariñosa le despide,
y al cielo confiado y triste pide
otro mundo en que alzar nuestra bandera.
Alegre y placentera

llena su gente la cuadrada popa
de la galera al triunfo destinado
y dirige un adios y una mirada
hácia la vieja Europa.
—¡Queda con Dios! le dice el codicioso,
tras la fortuna voy que me negaste.
—Yo voy á describir lo que ocultaste
dice el marino fuerte y animoso.
—La dicha y el reposo
he perdido por tí, dice un tercero:
no me llama el dinero
ni de region incógnita las galas:
de un bien apetecido,
que al cielo trasportaron raudas alas
quiero buscar el temporal olvido.—

Y mil voces á una
buscan el prez, la calma ó la fortuna,
El gran Colon en tanto
al contemplar las aguas del abismo,
entre resolucion, vehemencia y llanto
habla consigo mismo:
«Mi secreto ofrecí... no me escucharon;
demente me creyeron;
ni el hambre de mis hijos mitigaron,
ni mis esfuerzos vieron,
ni tan siquiera un hombre me juzgaron,
Una mujer en cuya frente brilla
la diadema real resplandeciente,
comprendió los ensueños de mi mente
cual comprende los males de Castilla.
Su grandeza sencilla
(pues de ella no blasona)
en mi proyecto ufana se interesa
y ofrece para el logro de mi empresa
hasta el oro vender de su corona.
Yo la bendigo... que al mirarme solo
la acusé de mi mal y mis azares...
sí, reina, sí... yo volveré á estos mares
trayendo la corona de otro polo!

Entre tanto avanzaba la mañana,
La Pinta, con la Niña y Capitana,
las velas preparaban para el viento
y ostentaban su imagen de bonanza,
cual símbolo de dicha es esperanza
el líquido elemento.

Vedle ya en su bajel. A su presencia,
al mirar las flotantes banderolas
el mar cerúleo gime con violencia
y Neptuno se oculta entre las olas.
¿Qué le importan pasados sufrimientos,
abyeccion y desprecio inmerecidos,
si mira sus ensueños conseguidos
al tiempo de morir sus sentimientos?
¿Qué le importa que un día,
un consejo en sus fallos temerario
le acusare de loco y visionario
porque su vasto plan no comprendia?
Loco igualmente el mundo á Galileo
juzgó tambien retratacion sangrienta
obligóle á firmar ¡digno trofeo!
Tambien el mundo persiguió el deseo
de Gutemberg el padre de la imprenta!

Vedle ya en su bajel. Vedle anhelante
la senda contemplar nunca surcada:
el entusiasmo baña su semblante.
Su gente arrodillada
implora del Señor, que bienhechora
muerte su mano la escondida senda
y paternal atiende
á la escelsa Isabel su protectora.
A su llanto se rinde mi sigilo
pueblo y tripulacion: nadie se cuida
temiendo acaso por su propia vida...
Solamente Colon está tranquilo.
Su mirada serena
alienta á los cuitados corazones:
su fé le presta Perez de Marchena
y su valor y calma los Pinzones!

Vedle ya en su bajel. El astro bello
presta á su frente celestial destello
é imagen de ventura
le promete su dicha y paz augura.
Mira sin arredrarse; sin sus bríos
decrecer; siendo ciego al negro velo

de lo futuro, solo mar y cielo, amenazantes ondas y bagios. Levanta al firmamento una mirada, que al Eterno habla, disculpándole acaso su ardimiento por cruzar, apoyado en débil tabla la inmensidad del viento. Llanto y luto le muestra su pasado, esperanza sin par lo venidero, hasta el funesto mar está aterrado y tiembla al contemplarle el mundo entero Siempre en la mar criado ni la temió jamás, ni la examina: todo lo vence, todo lo domina!

¡Vedle ya en su bajel! Cuerdas y entenas, escalas y timon, ancla y cadenas se mueven á la par: ni un solo acento se escucha en derredor del almirante y se mira tan solo en un instante flotar el trazo al viento. Cual nuevo Dios que á un Hércules empaña, rompiendo las columnas del Estrecho, sonríe satisfecho al despedirse de la heroica España. Ni teme, ni le estraña su empresa criticada de ilusoria, mientras á su vez fieles navegando sus frágiles bajeles marchan á conquistar eterna gloria!

No mengüe tu paciencia, corta sin vacilar el mar profundo, que por mas pesarosa que es tu ausencia, pródiga te dará la Providencia para premiar tu afan un *Nuevo Mundo!*

M. OS ORIO Y BERNARD.

PENSAMIENTOS DE SENECA.

Fija anticipadamente una mirada serena sobre la hora decisiva, aquella hora será la última para el cuerpo pero no para el alma. Considera todos los objetos que te rodean como si fuesen de una hospedería por donde no haces mas que pasar... Aquel dia, aquel último dia que te hace temblar de espanto, será el dia de tu nacimiento para la vida eterna.

Consideremos á los muertos como ausentes: al pensar así, no nos equivocaremos; les hemos dejado marchar delante de nosotros, pero nos reuniremos á ellos.

Cuando se consideran los preceptos, el camino es largo: el ejemplo lo hace mas casto y nos fortifica.

Yo me digo á mí mismo: Cuenta tus años y avergüenzate de hallar en tí, en la vejez, las fantasías y los proyectos de la infancia. Antes del último dia, haz sobre tí mismo el último esfuerzo, y que tus vicios mueran antes que tú!

Es ser ya medio virtuoso el quererlo ser del todo.

Todos podemos adelantar en el camino de la virtud, pero no todos queremos. ¿Quién podrá decir que han sido infructuosos todos los esfuerzos que ha puesto en práctica para dirigirse hácia el bien? ¿Quién no halla la práctica de la prudencia cada vez mas fácil? No es porque sea difícil por lo que no nos decidimos á ensayarla; y lo que la hace difícil es el que no nos decidamos.

Cuando se quiere ser prudente es preciso empezar por esforzar el alma para que empiece; hecho esto, la medicina no es ya amarga: por el contrario, gusta desde que empieza á obrar.

LA CABRA TIRA AL MONTE.

III.

Nos encontramos en la calle. La luna derrama sus rayos de cristal sobre la reina del Bósforo: la noche es deliciosísima, tanto que convida á recitar las tiernas y encantadoras endechas de la melancólica Safo. Llegan á nuestros oidos las quejas del mar, mezcladas y confundidas con los purísimos acentos de la brisa que juguetea entre el follaje de los árboles. Nada mas encantador para abstraer nuestra alma, que una mirada dirigida al azul purísimo del cielo, inmensa cimbra tachonada de oro, magestuosa y risueña bóveda que parece doblegarse sobre Constantinopla para cubrir, como un inmenso fanal, los tesoros artísticos en su recinto acumulados. ¿Quién habia de creer, que andando los tiempos, el 29 de mayo de 1453, todas aquellas obras del genio, maravillas del arte, habian de fundirse por los turcos y convertirse en cañones, que habrian acabado con la última chispa de la

civilizacion europea, si la capitana de D. Juan de Austria, no hubiese apagado sus fuegos, ahogando al coloso bajo las rojizas aguas de Lepanto!... «Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamó Juan.»—Estas fueron las palabras del jefe de la cristiandad, cuando recibió la noticia de tan insigne victoria.—Hoy la sociedad camina con pasos agigantados á una completa regeneracion, y una muralla separa la civilizacion latina, que camina al vapor, descubriendo nuevas verdades, de la indolencia turca, que enervada en los serrillos, duerme el sueño que acabará con ella. Constantinopla cayó en su poder estenuada... ¿y qué otra cosa podia esperarse de un pueblo que casi llevaba á efecto aquel célebre mandato de Cobades, rey de Persia, en donde se prescribia, «que ninguna mujer de sus Estados negase sus favores á cualquiera que se los pidiera?...» Hemos dicho que Constantinopla cayó estenuada en poder de los vencedores, y estos, que no han sabido alimentarla con los manjares del espíritu, la ven hoy en el último grado de tisis: no estando muy lejos el dia de su muerte. La Europa asistirá á sus funerales sin derramar una lágrima. No hay llanto para el vicio. ¡Tal es la suerte de los pueblos, que esclavos vilísimos de la materia, no vislumbran en lontananza otros albores, que las opacas y tenebrosas sombras del despotismo!... Nuestros lectores perdonarán esta pequeña digresion, ingerida no sin razones, en la protásis de esta historia.

IV.

¿Por qué recogernos esta noche? Gocemos del fresco de ella, y demos elasticidad á nuestros entumecidos miembros, recorriendo las calles de la capital, hasta que el sol aparezca en el horizonte.

Ya es la hora en que los canes con sus ladridos, como dice Ovidio, velan el sueño de los mortales.

La luna se encuentra en su apogeo, y nosotros debemos hallarnos en el nuestro al considerar la sublime dicha de las almas contemplativas, cuando apartadas del bullicio del mundo, pueden gozar sin que se las moleste de esos millones de maravillas y encantos á que se presta una noche oriental. Aspiremos su perfumado ambiente y demos rienda al pensamiento, improvisemos esos trozos poéticos, reminiscencias de otras horas mas puras que quedan en nosotros como éter del alma, fragmentos ricos é inéditos del poema de nuestra vida, y no nos abismemos jamás ni aun bajo el peso de la grandeza de Dios, si la fe nos ayuda. La luz que hoy permanece apagada, mañana se enciende; el sol, tarde ó temprano, rompe las nubes que le ocultan, y derrama sobre la tierra sus vivificadores rayos; el corazón, atribulado hoy, mañana se regocija; la ciudad que hoy permanece contaminada, mañana, á impulso de las nuevas ideas, se levantará de su postracion vertiendo aromas, porque se habrá bañado en el mar del espíritu y habrá segado las hermosas flores que crecen en el hermoso campo de la libertad: tal la Roma pagana se regeneró, bañándose sin miedo en el mar de sangre que la inundó en tiempo de Diocleciano: la muchedumbre se arrojó al piélago de los mártires, y lanzando sus almas al través de aquellas procelosas olas, enbarcadas en las naves de las catacumbas, aboraron por fin á la época de Constantino, paraclito de sus aspiraciones, continuando despues su rumbo hasta conseguir ver sentenciado el proceso de la igualdad de los hombres, por aquel Hildebrando, que llenó su siglo, bajo el nombre de Gregorio VII.

En una de las calles de la ciudad en que nos encontramos, alzabase una casa que mas bien parecia un pequeño templo gentilico. Como ahora no vamos á penetrar en ella, es inútil su descripcion; pero diremos que para llegar á la puerta era necesario atravesar un ancho peristilo, sostenido por columnas de piedra.

Una amorosa pareja pasó aquel ático, y ya que estuvo dentro de la casa, oí un diálogo; pero de tal naturaleza, que la pareja ya no me pareció tan amorosa como en mi imaginacion la habia concebido, engañado por esa ilusion que presta la poesía de los sitios, y mas si se hallan bañados por la luz plateada de la luna, que tanto misterio derrama sobre cualquier objeto en las altas horas de la noche.

—Teodora (era la voz de un hombre), me asusta tu ambicion y no te amo.

—Interpretas muy mal mis sentimientos, contestó esta: ¿mis miradas de desprecio, han de ser siempre miradas de amor?

—No profanes esa palabra, el amor jamás anidó en tu pecho.

—Ninguno menos idóneo que tú para pronunciar esa frase.

—¿Por qué me has dado un hijo? ¡infeliz!... no tiene madre.

—Padre es lo que le falta.

—Es verdad, las leyes me prohíben casarme contigo, y por cierto, Teodora, que si ayer me pesaba, hoy me alegro.

—Siempre hubiera hecho mala liga un senador casado con una histrionisa.

—Histrionisa, que no contenta con su profesion,

unió á esta el título de meretriz.

—Severo es tu nombre y severas son las palabras que como hijas de tí, brotan esta noche de tus labios. Todo se te puede perdonar, son celos...

—¿Celos?... jamás, no conozco esa pasion.

—Será amor propio.

—Sí, Teodora, no consiento que durante el reinado de mi corazón, otro ocupe su trono.

—¿Y quién seria ese rey tan dichoso?

—El que te ha arrojado las flores á la escena.

—No temas, querido mio, que la madre de tu hijo, falte á la fe que te ha jurado.

—Por el Dios que adoras, que ignoro cuál es, que me digas si estás dispuesta á amarle.

—Oye, Severo; voy á abrirte mi corazón. La noche pasada he tenido un sueño espantoso. Soñé que un dios, un emperador, un rey, ... pues no me acuerdo, se habia enamorado de mí; que sus emisarios me seguian por todas partes, no me dejaban descansar, me acosaban, me ofrecian, derramaban oro delante de mi vista, mantos, coronas, piezas de seda, rollos de alfombra bastantes para cubrir el recinto de Constantinopla; pero yo lo despreciaba todo, todo; porque te amaba: irritados aquellos hombres, te buscaron y te clavaron un puñal en el corazón. Yo dí un grito, caí sin sentido, y cuando desperté (tambien soñando), el pueblo me aclamaba... ¿que sé yo?... por reina... por emperatriz... por diosa...

—Basta, Teodora; si la ambicion no te ahogara, no soñarías así; pero hay mucho de verdad en ese sueño; huyamos á la Arabia.

—¿Y mis hermanas, y mi madre?...

—Vendrán con nosotros.

—¿Y si no quieren?

—Entonces, tú sola.

—¡Abandonarlas!... no tienen mas apoyo que yo.

—En tal caso, parto con nuestro hijo; repito que tu sueño es verdad; el puñal está pendiente sobre mi cabeza.

Y este hombre, haciendo un esfuerzo desesperado para matar el sentimiento que le retenia en aquella habitacion, salió de la casa, y volvió á atravesar el ático.

Y la mujer se quedó tan fria como el mármol, y le dejó marchar sin hacer el mas pequeño movimiento para detenerle, sin una esperanza, sin una palabra de consuelo, sin un recuerdo para su hijo.

La mujer ambiciosa, no puede llevar en su seno, sino las entrañas de una serpiente.

V.

Dejemos á Constantinopla y marchemos á la Arabia, siguiendo el rumbo de Severo, señor harto desgraciado en amores, como todo aquel que entrega su corazón á un ser que por sus inclinaciones naturales no es digno de poseerle.

Compadezcámosle por no haber alcanzado la época de los tribunales de amor, á donde hubiera podido llevar su causa y alcanzar una sentencia satisfactoria de alguna doña Leonor de Aquitania.

Oímos ya la voz de algun crítico que nos dice: «se salta por encima de los preceptos del arte, no se observa la unidad de lugar.» Acúsese á la historia; nosotros no hacemos mas que revestir de nuevas palabras, aquello que los historiadores nos cuentan. En cambio se alegrará el lector de hacer un viaje nada molesto, que le proporcionará algunos momentos de placer, bien paseándose por inmensas llanuras, ó bien recostándose á la sombra de alguna palmera para espeler de sus pulmones el aire sulfuroso que se respira en aquellas comarcas, cuyo cielo está siempre sereno y el piso movedizo é inflamado; regiones que dieron á la Europa la caña de azúcar y el café, importándonos ahora muy poco saber si esta última bebida que primero sirvió para curar y luego para deleitarse, fue descubierta por un prior que la administraba á sus monges para que no se durmiesen, bien por Omar con un objeto semejante, ó si la Persia conocia su uso desde mas remota antigüedad (1).

Severo, en compañía de su hijo, abordó felizmente al término de su viaje. Desembarcó en las playas de Teama, y desde aquí se dirigió á dar gracias á Dios, á una ermita que se elevaba no muy lejos de las orillas del mar. Concluida la sagrada ceremonia, acercóse al ermitaño.

—Hombre de Dios, le dijo; ¿cómo podria proporcionarse habitacion lejos de las miserias del mundo un ser que llega aquí huyendo de ellas?

—Siervo de Dios, respondió el ermitaño, he fijado la mia en tan árido paraje para prestar auxilio á mis hermanos desgraciados, y socorros á los pobres naufragos del bajel de la vida; si no te desagrada este retiro, puedes quedarte aquí: mi celda te proporcionará sombra, y yo consejos para olvidar las transitorias felicidades de la tierra, y entrever las eternas delicias de los

(1) «¡Oh café! Tú disipas todos los cuidados, á tí dirige sus votos el hombre dedicado al estudio. Solo conoce la verdad el sabio que saborea la copa en que hierve tu espuma. Es un vino á que ninguna pena resiste, siempre que el copero hace circular el vaso perfumado que lo contiene. Bébelo con toda seguridad y no prestes oído á los insensatos que sin razon lo reprueban.»

(Cancion de un poeta árabe, C. CANTU, t. III.)

cielos. Entra y tomarás algún alimento..... ¿ese niño...

—Es mi hijo.

—Hijo de Dios también, y desde hoy, hijo mío.

Aquellas tres personas, desde la ermita, penetraron en una reducida habitación, cuya puerta comunicaba con el santuario. El ermitaño puso sobre una tosca tabla colocada en medio del suelo, algunas frutas secas, dátiles, pan moreno y un jarro con agua.

Padre é hijo comieron de aquel frugal banquete, y cuando vió que habían concluido, dijo el monje.

—Ahora, á descansar; y removiendo con el pie algunas hojas de palmera, mulló el colchón en donde se acostó Severo, abrazado á su hijo, que apenas contaría ocho años; ángel que ignoraba las tribulaciones de la vida, quedóse profundamente dormido, mientras dormitaba aquel que pensaba en su suerte, viendo caer una á una las hojas de la flor de sus ilusiones.

Pocos días antes había estado espuesto á morir asesinado; pues la noche que salió de casa de Teodora, la acometieron cuatro hombres, de los cuales pudo salvarse haciendo tres cadáveres.

VI.

Perdonen nuestros lectores que les traigamos como pandereta de brujas.

Las indecisiones é inconsecuencias son una especie de epidemia que ataca á todos los narradores de cuentos é historias.

Volvamos á Constantinopla ya que hemos cumplido un deber de amistad, acompañando á Severo y á su hijo hasta dejarles bajo un techo hospitalario, protegidos por la religión.

En la misma casa en donde oímos hablar á Severo por vez primera, estaba una mujer tendida sobre un lecho de púrpura.

Otra mujer la acompañaba.

Aquella era más hermosa.

Esta tenía unas facciones más aristócratas y sus movimientos eran más nobles; parecía una dama de alta clase.

¿Por qué visitaba á una meretriz? pues la mujer hermosa era la misma á quien Severo llamó Teodora, y la misma que vimos en el teatro cuando se presentó desnuda.

Esta visita, al parecer, no es hija de la amistad. Deberá tener otro móvil. Oigámoslas y no perdamos una frase de su interesante conversación.

—Te repito, decía Teodora, como continuando un diálogo ya comenzado, que todas las riquezas esparcidas sobre el mundo, y las que aun se ocultan bajo la tierra y en el seno de los mares, no son suficientes para vencer mi última é invariable resolución.

—Pues, amiga mía, replicaba la otra; ya sabes que mi madre tenía el mismo oficio que tú, y no ignoras que mi padre era un simple conductor de carros...

—Sí, todo lo sé; y también que hoy te encuentras elevada, siendo esposa de un hombre que ascenderá por su genio á las primeras dignidades del imperio.

—La amistad de mi esposo con Upranda es el móvil que me ha impulsado á tener esta entrevista.

—Lo creo; desde que estás tan alta, jamás has querido bajar hasta mí.

—Bien, Teodora; dejemos cuestiones inútiles que ahora no nos interesan, y dame una respuesta categórica sobre el objeto principal de mi venida.

—Entonces dirás á Upranda que Teodora, la despreciable histrionisa, la prostituida meretriz, ha formulado la ley que ha de regir su futura vida. Añadirás que con los ahorros del teatro y los productos de sus lascivias va á fundar un establecimiento piadoso en donde tendrán comida y ocupación todas las mujeres de mala vida que quieran encerrarse en él; que soy otra, enteramente otra, y que me retiro del mundo para no aparecer jamás en público. Que habiendo vivido muy deprimida, no quiero llegar á la muerte sin acortar el paso. para tener lugar de espiar mis faltas: pirámide de materia, yo sabré elevarme desvaneciéndome, hasta que mi cúspide aparezca invisible perdiéndose en esos espacios infinitos, buscando con mi arrepentimiento el perdón que no dudo alcanzar de la inagotable misericordia de Dios.

Hermosa, mas que hermosa aparecía Teodora cuando pronunciaba estas palabras.

Ya hemos dicho que estaba recostada con indolencia sobre un rico lecho de púrpura.

Sus mejillas, antes pálidas, coloreáronse de un rojo



DON SANTOS DEGOLLADO, GENERAL MEXICANO.

subido; sus ojos, antes medio entornados, se abrieron cuando dirigió sus miradas al cielo y dejaron escapar dos rayos de luz; y sus brazos, que se habían levantado, parecían dos rayos de luna: tal era su nítida blancura, tal la transparencia de su cutis. Diana de los bosques capaz de dar celos á la Diana de Endimion, representaba maravillosamente su papel delante de una mujer tan cómica como ella.

Antonina, pues así se llamaba su amiga, cayó en el lazo, y levantándose, se despidió sin replicar una palabra, pues estuvo á punto de arrojarle en sus brazos, derramando lágrimas también de arrepentimiento, cuando Teodora dió libre curso á las suyas.

Es verdad que Antonina no había sido histrionisa, y si bien á pesar de esto casi representaba en la sociedad el mismo papel que Teodora, era con menos instrucción; en una palabra, la primera había tenido siempre por principal móvil el dinero: la segunda era más ambiciosa y soñaba con un imperio desde que había podido observar en un hombre ciertas manifestaciones exteriores que con dificultad se escapan á la vista penetrante de una mujer: sin embargo, añadiremos que Teodora, no obstante sus esperanzas, estaba atacada de un funesto nihilismo.

¿Quiénes eran estás dos mujeres?

Algunos ya lo habían averiguado, y los demás lo sabrían muy pronto.

VII.

Nuestros lectores habrán presenciado una de esas alegrías populares, en que todos los habitantes de una gran ciudad se mezclan y confunden, grandes y pequeños; en que un proletario está autorizado para chancarse con un aristócrata; en fin, liga de clases, sin distinciones ni categorías, lo que se llama una fiesta pública, un carnaval. Pues bien, alumbró sobre Constantinopla el sol de una bella mañana, y no se hablaba de otra cosa en todos los círculos, sino de una ley que se había publicado en nombre del emperador Justino; una de esas leyes que si no cambian por completo la faz de una sociedad, á lo menos llevan en sí el germen que ha de promover las futuras transformaciones.

Antes, ningún senador podía contraer matrimonio con mujer que hubiese salido al teatro ó nacido en la clase de los siervos; á la sazón, por la nueva ley quedaba sin fuerza la antigua, á fin de que quedara abierto el camino del arrepentimiento á aquellas que se hubiesen prostituido en la escena.

Como en todas las épocas la clase de los pequeños ha sido más numerosa que la de los grandes, es decir, el pueblo más que los magnates, aconteció que aquellos en cuanto tuvieron conocimiento de esta ley, derramáronse por todas las calles de la capital para celebrar un hecho tras del que todos corrían inútilmente, pero siempre con la esperanza en el pecho.

Amor: palabra que influirá siempre en el destino del

mundo; y ya no es poco en aquella época encontrar una medida casi general, cuando hubiese podido ser dictada por el egoísmo y haber saltado por encima de las leyes infrinjiéndolas, obrando como caso excepcional, en donde tantas infracciones se cometían por el capricho de los tiranos.

Lo cierto es que la multitud, ébria de gozo, celebró con todos los arvanques propios de un pueblo que sufre la publicación de la ley. Grupos de hombres que á una sola voz arrojaban de sus pulmones vertiginosos cantinelas. Baco y Anacreonte fueron los héroes principales; derramóse el vino por todas partes, y comparas de mujeres ejecutaron diferentes *gimnopedias*, danzas que heredadas de los lacedemonios, aun todavía estaban en uso.

Flores que embarazaban el paso alfombraban la ciudad, y un número infinito de giras ó comidas campesinas se improvisaron en el momento.

Interin continuaban las diversiones, la mujer que pocos días antes hemos visto en casa de Teodora, se encaminó á ver á esta, y encontrándola muellemente tendida, sin darle lugar á que se incorporase, la dijo:

—¿Cómo así? ¿No tomas parte en el júbilo general?

—¿Qué sucede? preguntó aquella incorporándose un poco.

—¿Y me lo preguntas?...

—El que no sabe...

—¿No sabes que el emperador ha publicado una ley, una ley que está conforme con las prescripciones del Evangelio?...

—Algo le faltará todavía para esa conformidad.

—Bien, pero ha derogado una que coartaba el libre albedrío.

—Yo siempre lo tuve.

—Si, mas no hubieras podido casarte con un senador.

—¿Nada más?

—O con un emperador.—

Teodora, que hasta entonces había permanecido fría, casi indiferente con su amiga, irguióse como movida por un resorte, y dirigiéndose á ella la abrazó.

—Pues es una gran novedad para todas las mujeres, exclamó despues de una breve pausa entre grave y burlesca.

—Es un camino más...

—Para llegar á ser emperatriz, dijo Teodora, y volvió á caer sobre su lecho.

—¿Y qué, replicó Antonina, el mismo emperador no es hijo de una humilde familia de la Tracia? Y Upranda, asociado hoy al imperio, ¿qué ha sido sino un pobre pastor de Tauresio?

—Es verdad, pero son hombres.

—Pues bien, este último me acaba de comunicar su postrera resolución despues de haber oído cuanto tú me digiste; quiere hablar contigo esta noche.

—Antonina, que Upranda no juegue con una infeliz mujer; harto lacerado tengo el corazón; te confieso que está corroido, no sé por qué; nació para ser buena....

Teodora no pudo continuar, una aclamación unánime la interrumpió.

—¡Viva Teodora, huérfana de Acacio!...

Tal fue el grito que llegó hasta su aposento.

Las dos amigas corrieron á una ventana, y desde ella pudieron presenciar la escena que se representaba al aire.

La multitud, apiñada alrededor de la casa, bailaba, cantaba, bebía.

Era la facción de los Azules, la que en el hipódromo venció á la facción de los Verdes, que venía á felicitar á su protegida, pregonando las palabras en que estaba concebida la nueva ley.

Teodora dió las gracias á sus protectores, los que la lanzaron un millon de «vivas,» y continuaron su paseo militar.

Entonces Antonina la dejó, no sin arrancarla antes el consentimiento para que Upranda la visitase.

Cuando aquella mujer no tuvo más testigos que su conciencia, exclamó.

—¡Ya soy emperatriz!...

Y con la mayor calma, con la mayor indolencia, tendió otra vez sobre su lecho y esperó.

(La conclusión en el próximo número.)

JOSÉ REQUENA Y ESPINAR.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.—EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.